

HUGO LINDO Y EL RESCATE DE LA REALIDAD (1917-1985)

El arte es una posibilidad de la realidad, una modalidad del ser y una concreción de lenguaje.

En tanto posibilidad, el arte reside en las notas formales y esenciales con que la realidad se da, y da de sí, en cada momento.

En tanto modalidad, el arte es una actitud y una aptitud del humano frente a la realidad. Una actitud de apertura sensorial, conceptual y afectiva ante las notas reales; una aptitud, es decir, una capacidad para habérselas con la realidad desde el trabajo estético.

En tanto concreción del lenguaje, el arte es una estructura de signos dentro de la cual, y por medio de la cual, se expresa estéticamente la posibilidad estética de la realidad rescatada por un artista y re-creada en la obra de arte.

Estas premisas, que darían pie para un largo desarrollo teórico si tal fuese nuestro propósito, resultan necesarias cuando se intenta comentar brevemente la vida y la obra de un hombre como Hugo Lindo, poeta y narrador salvadoreño fallecido recientemente.

Respecto de él puede decirse, a título de hipótesis sustantiva, que en su obra literaria, la posibilidad estética de lo real se hizo arte por la acción eficaz de un mediador abierto ante la realidad y apto para el oficio estético.

Hugo Lindo Olivares nació en La Unión, el 13 de octubre de 1917. Hizo sus estudios primarios en el Liceo Moderno, en San Salvador, y sus estudios de bachillerato en el Colegio García Flamenca, en la misma ciudad. Se graduó como bachiller en 1933.

En 1934 ingresó a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador. Después de una interrupción, durante la cual se fue a Chile, terminó sus estudios y se doctoró en 1945, tras haber defendido una tesis sobre el divorcio, trabajo que fue merecedor de una medalla de oro.

En 1947, como miembro de una comisión diplomática, viajó a Corea donde pudo entrar en contacto con la cultura oriental.

Entre 1948 y 1949 desempeñó diversos cargos públicos en El Salvador, entre ellos el de asesor jurídico del ministerio de justicia.

En 1951 fue nombrado síndico municipal de San Salvador, cargo que en seguida volvió a obtener por elección.

Posteriormente fue encargado de negocios y luego embajador de El Salvador en Chile. Estuvo en ese país hasta 1959, año en que, a petición suya, fue trasladado a la sede diplomática salvadoreña en Colombia. Permaneció allí hasta 1960 y luego retornó a su país.



Fue nombrado entonces como embajador en Francia; pero declinó la designación y se dedicó al ejercicio privado de la jurisprudencia.

Entre 1961 y 1969 fue director del departamento de asuntos culturales y educativos de la Organización de Estados Americanos. Después tuvo un nuevo cargo diplomático, embajador salvadoreño en España, y en él permaneció hasta 1972, año de su retorno definitivo.

Abrió en San Salvador la galería y librería "Altamar" y estuvo a la cabeza de ella durante algún tiempo. Posteriormente pasó a ocupar el decanato en la Facultad de Cultura General y Bellas Artes, de la Universidad Doctor José Matías Delgado. En el ejercicio de este cargo, falleció el 9 de septiembre de 1985.

Hugo Lindo sintió desde niño la necesidad de escribir. No tenía más de nueve años cuando, según su decir, "ya había escrito las primeras cosas" que su madre guardaba y él destruía después.

Al parecer, muy temprano en la vida supo que su vocación esencial eran las letras. "Anduve por muchos caminos —dijo una vez— y aún tengo que andar por otros más; pero mi auténtica vocación, mi función en la vida, si es que se puede hablar así, ha sido la literatura y a ella me he entregado lo más que he podido."

La suya fue una búsqueda personal, sus padres, gente sencilla, habitante de una ciudad provinciana, sin vinculaciones con el mundo intelectual de aquella época, no podían potenciar directamente al niño en sus inquietudes estéticas; tuvieron, no obstante, el tino de poner al hijo sobre carriles que pudieran llevarlo hacia adelante.

"Mis padres hicieron algo importante; colocarme en colegios donde mis inclinaciones fueran estimuladas paulatinamente. Estos esfuerzos los reconozco y los agradezco profundamente," expresaba el autor ya bien entrados los días.

El primer gran impacto cultural lo experimentó durante el primer viaje a Chile, en 1939. Allá las estructuras mentales de la provincia se enfrentaron con la amplitud de una sociedad cosmopolita; vino, como consecuencia, un profundo enriquecimiento interior. "Naturalmente que todo aquello amplió mi mundo. Antes de marcharme, mi mundo era el San Salvador de entonces, que no era ni la décima parte de lo que es el San Salvador de hoy. Fui una especie de niño aldeano que se deslumbró al ver un almacén de cinco pisos. Yo no tenía idea de que pudiera existir una cosa de esas. Un niño que asistió al teatro, que fue a exposiciones, que oyó conversaciones y conferencias de gran cultura. Esto tiene que haber determinado un impulso en mi propia creación porque, al mismo tiempo, era un enriquecimiento de mi vida espiritual."

El otro impacto fue el conocimiento de la cultura oriental, con motivo de su viaje a Corea, en 1948. "Asistí a un matrimonio chintoísta, conocí varios templos budistas, estuve en una especie de seminario de budismo en —viendo, nada más— en Japón... y todas estas experiencias fueron como un forcep que amplió y ensanchó aquella visión del mundo, que ya no era tan pacata y constreñida como había sido antes de salir."

Las doctrinas orientales ejercieron una particular influencia en la vida de Hugo Lindo. Buscador, como fue, de la verdad y de Dios, se adentró en muchos caminos con una urgente in-

terrogación sobre el absoluto. Quienes visitaron su librería "Altamar," pudieron darse cuenta del sitio que en sus predilecciones ocupaba la literatura relacionada con el orientalismo.

La vida diplomática, iniciada cuando ya contaba con suficiente madurez vital fue el otro ámbito desde el cual se acercó al mundo y a la universalidad de la cultura. Países, amigos, círculos literarios, galerías de arte, bibliotecas, escritores de fuste y prestigio, conversadores profundos, etc., ampliaron y enriquecieron el mundo del escritor. "En Colombia tuve trato con gente de letras, al grado que Rafael Maya prolongó uno de mis libros, así como en Chile Ricard Latcham había prologado otra de mis obras."

Sus años en España, que él llamaba sus "tres grandes años," le dieron la amistad de Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Pepe García Nieto y Carlos Murciano, entre otros. Después, la vida toda se encargó de entregarle durante muchos años sus rostros diversos; en ellos el artista supo descubrir el significado preciso.

Hugo Lindo, después de haber descubierto y asumido su vocación de escritor, buscó realizarla aun en contra de las limitaciones cotidianas. "Lamentablemente el escritor nacional tiene que ser un escritor de sábado y domingo, por que de lunes a viernes debe ganarse el condumio. Y el mero hecho de que seamos escritores de sábado y domingo, si bien es limitador por un lado, por el otro sirve para excluir a todos aquellos que no tienen verdadera vocación. Sólo el escritor vocacional dice: ¡Bueno, ahora que tengo unos minutos voy a aprovechar!"

Pensando en el fenómeno de la creación estética, él creía en el papel mediador del artista y por eso daba poco valor a la autosuficiencia en los terrenos del arte. "A pesar de que conozco posiciones de tratadistas de estética contrarias a esta idea, yo sigo creyendo en el factor inspiración. Yo sigo creyendo que haya poderes superiores a los del hombre, el *diamon* socrático, capaces de implantar una idea en el cerebro, un sentimiento en el corazón, una palabra en la boca. En ese sentido, el poeta puede ser, como Rubén decía, pararrayos de Dios, antena para recibir influjos superiores. Por eso es que me parece absurdo ser jactancioso en esta materia. Además, un poeta podría jactarse de su técnica; pero de la *sustancia* no, por que se la dan."

Independientemente de la manera como la formulara había, en el fondo de su concepción

del proceso creador, la intuición de las posibilidades estéticas de lo real, de la modalidad estética del ser y de la concreción de lo estético en el lenguaje, con todas las implicaciones de conocimiento y de acción que esto conlleva.

Durante sus dos últimos años, Hugo Lindo vivió lleno de proyectos literarios y de acción literaria. "Por el momento tengo algunos proyectos quizás me meto en demasiados. Quiero preparar una serie de conferencias para darlas en la universidad, sobre temas muy importantes. Quiero preparar, y esto me llevará más tiempo aunque ya tengo mi fichero bastante avanzado, un estudio sobre lo que hasta el momento se ha realizado de significativo en la novela salvadoreña. Tengo, también, el propósito de escribir una novela; pero sobre esto tengo un poco de miedo: o esta novela supera a la que acaba de editar UCA-Editores (*Yo soy la memoria*), o se va directamente al fuego. Quiero, también, hacer una criba bastante rigurosa, una selección inclemente, de una serie de ensayos, conferencias, entrevistas, que tengo inédita y de la cual pueden salir unos tres o cuatro volúmenes..."

Esos eran algunos proyectos. La proximidad inmediata de la muerte —que para él era clara y hasta querida— lo llevó a abandonar la multiplicidad y a centrarse en una tarea única: la elaboración de su largo poema *Desmesura*. Cuando lo presentó, el 17 de julio de 1985, en un acto que el escritor concibió como gratitud para muchas instituciones y amigos que en los últimos años lo habían homenajeado, el poema contaba ya con más de nueve mil versos.

En esta obra trabajó hasta sus últimos días. Es un inmenso poema autobiográfico en el que la realidad, desde sus variados rostros y notas, aparece creada de nuevo en diversas formas poéticas. Al morir su autor, el poema quedó en el verso número 9733.

Los últimos años en la vida del escritor fueron, según sus palabras, espiritualmente intensos. Se mezclaban en ellos "el dolor de la patria y la jubilosidad presencia de la muerte." Había vivido una vida dedicada, en lo fundamental, a la búsqueda de lo Absoluto y al cultivo del arte literario. "Una vida que ha sido intensa, que ha tenido profundas satisfacciones, que ha tenido también sus dolores, dolores que agradezco a Dios, porque sin dolor no hay vida. Lo demás es la lógica preparación del hombre que comprende que su presencia en la tierra no puede ser eterna. Ya mi

salud empieza a dar signos de deterioro y quisiera, por lo menos, dejar organizados mis papeles. Esta temática, para mí, es una temática —placente, no fúnebre, no trágica; ¡está nutrida de una maravillosa esperanza!”

Hugo Lindo murió el 9 de septiembre de 1985. El, como muchas veces lo dijo, temía al dolor, pero no a la muerte; para ella estaba preparado. La enfermedad que lo había hecho sufrir con mayor intensidad durante el último mes, en los últimos instantes fue benigna. En una hora de la mañana el poeta se durmió y desde ese sueño pasó sin sobresaltos a la muerte. Detrás dejaba una experiencia vivida y una vocación realizada.

La obra de Hugo Lindo tomó tres direcciones principales: la poesía, el cuento y la novela. Un recorrido a lo largo de su producción poética arroja el inventario que sigue: *Prisma al sol* (1932), *Clavelia* (1937), *Poema eucarístico* (1943), *El clavecín mal temperado* (1936-1943), *Al azar del poema* (1943), *Dosafluentes de sangre* (1947), *Libro de horas* (1948), *Sinfonía del límite* (1953), *Territorio del sentido* (1955), *Trece instantes* (1959), *Varia poesía* (1961), *Navegante río* (1963), *Sólo la voz* (1967), *Maneras de llover* (1969), *Las ausencias presentes* (1969-1970), *Sangre de hispania fecunda* (1972), *(Resonancia de Vivaldi* (1976), *Aquí mi tierra* (1979), *Fácil palabra* (1981), *Prólogo a la noche* (1983), *Desmesura* (1985), *Complemento circunstancial, casi en la luz*.

Un recorrido por su narrativa muestra, en cuento, el siguiente panorama: *Guaro y champañá* (1947), *Aquí se cuentan cuentos* (1959), *Espejos paralelos* (1974); en novela: *En anzueto de Dios* (1956), *Justicia, señor gobernador* (1960), *Cada día tiene su afán* (1964), y *Yo soy la memoria* (1983).

Los poemarios *Prisma al sol*, *Clavelia*, *El clavecín mal temperado* y *Al azar del poema*, quedan como testimonio del momento en el cual el hombre se supo poeta, se aceptó como tal y se hizo cargo de lo poético que hay en la realidad y de la realidad de su vocación y oficio. Intentos e influencias son patentes en ellos; como también es patente la búsqueda de una identidad poética propia.

Quizás el momento de despegue lo marque el *Poema eucarístico* (1943). De allí se inicia una línea constante y ascendente de dominio formal que, en tanto concreción del lenguaje, aprisiona contenidos de conocimiento y concienciación de

la realidad también progresivos en hondura. Tales contenidos son:

- la realidad de Dios, como realidad primera, y su manifestación en los diversos rostros de la realidad segunda;
- la realidad de la naturaleza, con las posibilidades estéticas contenidas en la belleza y en el dolor que en aquella acontecen;
- la realidad de la vida histórica y social del hombre con el cúmulo de preguntas, respuestas, realizaciones, negaciones, antinomias y conflictos que comporta;
- la realidad de la interioridad humana, personal e individual, con el primas de fenómenos psicológicos que implica.

En cualquier obra “hugolindeana” leída, incluyendo la narrativa, las estructuras y dimensiones de la realidad aparecen —a veces ponderadas unas, a veces otras— re-creadas estéticamente y con un perfil cada vez mayor respecto de su naturaleza cognoscitiva y “concienciativa” de lo real.

La línea ascendente culmina —en el ámbito poético— con *Desmesura* (1985) poema de 9733 versos en donde lo real y su expresión en lenguaje estético se funden para dar la obra terminal de una vida y de una vocación.

Un proceso similar ocurre en la narrativa: desde los cuentos “concretistas” —por calificarlos de algún modo— de *Guaro y champañá* (1947), la línea avanza y culmina en *Espejos paralelos* (1974), obra muy querida por el autor, sobre todo su segunda parte, donde bordea nuevas dimensiones de realidad y las re-crea con recursos de lenguaje, estilo, atestigüadores del conocimiento y dominio de la forma, de la técnica, del oficio.

También puede predicarse lo mismo respecto de la novela: de la realidad social cotidiana, concreta, y de sus duros problemas (*Justicia señor gobernador*, por ejemplo) el autor pasa a *Yo soy la memoria*, incursión intuitiva en otra dimensión de lo real: la dimensión de lo mítico y de lo arquetípico. La clave de esta última novela está, justamente, en que su personaje central es la memoria y las coordinadas espaciotemporales pertenecen a la dimensión del mito y del arquetipo.

Una valoración de la obra de Hugo Lindo y un conocimiento de las diversas etapas de su vida —aspectos cuya ampliación resulta difícil en un

comentario apretado como éste— permiten evidenciar las características de su experiencia vital, de su experiencia estética y, a partir de ellas, hacer un intento de comprensión en torno al significado suyo dentro de las letras nacionales.

En apretada síntesis, se puede expresar esta evidencia del modo propuesto a continuación: la experiencia vital y estética de Hugo Lindo se caracteriza por:

- una apertura de la realidad personal a la realidad de Dios, no a través de una dirección religiosa particular, sino a través de una voluntad más universal de conocimiento y de acción;
- una apertura de la realidad personal —primariamente matizada por su apertura al Absoluto— hacia toda la realidad;
- un hacerse cargo de la vocación poética, como parte constitutiva de la realidad personal, llevándola luego a su realización en la modalidad exacta;
- una actividad de constante formalización poética de lo real;
- una eficaz acción triunfante sobre el lenguaje, entendida tal en el sentido propuesto por Middleton Murray;
- un esfuerzo sostenido y creciente en beneficio del dominio, teórico y práctico, del cultivo poético;
- una utopía siempre presente, en donde realidad y poesía aparecen siempre proyectadas hacia planos de realización más altos, y en donde gozo y dolor, plenitud y sufrimiento son constitutivos del proyecto utópico.

Comentar la vida y la obra de Hugo Lindo es una tarea inconclusa si no se hace mención de Doña Carmen Fuentes de Lindo— amor, compañía y apoyo del poeta.

“Detrás de todo gran hombre, ha habido siempre una gran mujer,” dice una expresión bastante conocida; en el caso de Hugo Lindo fue una verdad incontrovertible.

Nadie conoció, comprendió y soportó las muchas debilidades del hombre como Carmen Fuentes de Lindo; y sólo Carmen Fuentes de Lindo pudo irlo acompañando en las ascensiones y en los abismos de una búsqueda estética. Y él sabía eso y por eso la amó: porque hubo “cuarenta razones” durante las cuales permanecieron juntos.

En el funeral de su poeta permaneció sólida y digna, como fue todo el tiempo. Rodeada por los hijos que trajeron a la vida, encarnó las palabras de William Wordsworth con las que fue clausurada la ceremonia: *“Aunque nada pueda devolvernos el instante de esplendor en la hierba, de gloria en la flor, no nos lamentaremos; y más bien buscaremos fuerzas en lo que ha perdurado; en la primitiva simpatía que habiendo existido siempre existirá; en los pensamientos consoladores que surgen del sufrimiento humano; en la fe que se ha de ver a través de la muerte, en los años que forma nuestra mente filosófica.”*

F.A.E.

Nota: Las palabras de Hugo Lindo citadas en este comentario, pertenecen a la entrevista publicada en *Taller de letras*, Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas,” número 49-50, San Salvador, El Salvador, febrero de 1984.